



manuel olimón nolasco

historiador

SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

3 de junio de 2016.

HOMILÍA.

P. Manuel Olimón Nolasco

Rector del templo de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

Tepic, Nayarit, México.

Lecturas: Ezequiel 34, 11-16.

Salmo 22.

Romanos 5, 5-11.

Lucas 15, 3-7.

Queridos Hermanos:

Hacia el final de la celebración del bautismo el sacerdote o el diácono que preside toca levemente el oído y la boca del niño pronunciando estas palabras: "El Señor que ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos te conceda a su tiempo escuchar su Palabra y profesar la fe para alabanza y gloria de Dios Padre". Hoy, después de un largo camino a partir de entonces, nosotros, bautizados hace mucho tiempo, hemos abierto nuestros oídos para escuchar esa Palabra "viva y eficaz" que, asimilada a los pasos de nuestra vida nos acrecienta el ánimo para profesar la fe con todo lo que somos y alabar y glorificar a Dios Padre.

La Palabra escuchada nos ha presentado a Jesucristo en la figura del Pastor, de Quien con entrañas de misericordia "deja las noventa y nueve ovejas en el campo y va a buscar a la que se le perdió hasta encontrarla", de Quien con voces de abundancia profetizó Ezequiel: "Yo mismo iré a buscar a

mis ovejas y velaré por ellas; iré por ellas a los lugares por donde se dispersaron un día de niebla y oscuridad".

El Pastor de los pastores se muestra en su imagen del Sagrado Corazón con los brazos abiertos en actitud de generosa acogida y amor desbordante. Es signo de la actitud de Dios hacia la humanidad, signo visible de la mirada de Dios. Aquí lo vemos, sereno, en un lugar central en este templo; abierto a la alabanza, a la acción de gracias, a la petición. Su imagen resistió las actitudes sacrílegas de las hordas carrancistas en 1914 y los intentos de derribarlo durante la persecución más aguda en 1926. Sereno, de sus manos resucitadas que guardan las señales de su pasión siguen brotando torrentes de gracia.

Los oídos de Santa Margarita María oyeron en el monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial en 1673 la promesa del Sagrado Corazón: "los pecadores hallarán en mi Corazón el manantial y el océano infinito de la misericordia". Pues desde lo alto de la cruz, al ser traspasado el Corazón por la lanza del soldado--dice San Juan--: "brotó sangre y agua" y la tradición litúrgica afirma: "de ahí brotaron los sacramentos de la Iglesia, el bautismo y la Eucaristía". Desde sus brazos abiertos, el Verbo de Dios encarnado vio el mal, el abuso del poder recibido por quien fue hecho "imagen y semejanza suya". Vio las huellas del pecado: la soledad, el egoísmo, el odio, la crueldad, el miedo, la desolación; en una palabra, los signos de la muerte sobre los que en la cruz, trasformada en altar y en anuncio florido de la resurrección, triunfó definitivamente la Vida. En la cruz, gloriosa e impregnada de luz, el mal quedó desenmascarado; fue exhibida su debilidad disfrazada de poder. El corazón traspasado del Pastor mostró que la victoria del mal es frágil, es provisional, pues tiene como motor la muerte, que es la no existencia, la nada, el espejismo que engaña.

A ese corazón lleno de misericordia ha de dirigirse nuestra memoria y nuestro anhelo, a reconocer sin fingimiento los pasos del pecado sobre nuestra vida y sobre nuestro mundo, a fin de hacer verdad lo que hemos concentrado en la oración de esta Misa: "Tú, que en tu misericordia te dignas enriquecernos con los infinitos tesoros de amor del Corazón de tu Hijo, traspasado por nuestros pecados, concédenos que al presentarte el fervoroso homenaje de nuestra devoción, cumplamos también con el deber de una digna reparación". Aquí se encuentra el doble camino de esta devoción que para muchos no es actual, no es moderna, pues si nuestra mentalidad se ha trasformado de modo que nos cuesta menos trabajo pensar en la misericordia divina, nos cuesta mucho reconocernos pecadores. Cuántos son los que exclaman: "yo no robo ni mato". "Yo no tengo pecados..." pues se anclan en acciones de una conciencia infantil, en una selección dentro de los

mandamientos que recibió Moisés en el Sinaí o en imperfecciones y sentimientos de culpa en la relación con quienes están cerca. Nuestra conciencia, sin embargo, tiene que abrirse a las huellas del pecado en la vida social, en la política, en la economía, al reconocimiento de la narcocultura que penetra el modo de pensar, el modo de actuar impregnado de miedo, de la persecución silenciosa a los criterios cristianos que favorecen la vida a base de discursos sobre falsos "derechos humanos" que, por ejemplo, equiparan cualquier relación con el matrimonio entre un hombre y una mujer abierto a la procreación, que disfrazan el valor de la vida humana desde el momento de la concepción hasta la muerte natural con el criterio equívoco de medir la "calidad de vida", que van diluyendo la belleza de la existencia cristiana, de lo gratuito, y el tesoro de la gracia divina en medio del mundo.

"Amor con amor se paga". Y el pago de nuestro amor al amor del Corazón de Jesús ha de unirse a la reparación, es decir, a reparar la casa común que es nuestro mundo y nuestra cultura, al esfuerzo ayudado por la gracia por superar el miedo que lleva a tantos pecados de omisión, tan poco presentes en nuestra conciencia. Es cierto lo que algunos dicen: "no robo ni mato", "no hago mucho mal, sólo poquito"; pero el camino de la reparación, de la reconstrucción del tejido cristiano en nuestra civilización parte de preguntarnos: ¿hago el bien?, ¿mi palabra y mi testimonio transparentan el Evangelio?, ¿no me da miedo presentarme como cristiano en todas partes y parecer "políticamente incorrecto" pero con la mirada libre y directa para ver a Cristo a los ojos?

La devoción al Corazón de Jesús no es de otros tiempos ni es una versión "romántica" y melosa del "amor"; no se parece en nada a ese "día del amor y la amistad" donde se regalan ositos de peluche y globos de colores. Es el reconocimiento de nuestra condición de estar "en camino", de nuestra condición de pecadores, pero también y aún más, de que caminamos guiados por Quien "en verdes praderas me hace reposar y hacia fuentes tranquilas me conduce para reparar mis fuerzas". Es el convencimiento que llena de gozo de que el Dios lejano e inaccesible está cerca de nosotros, solicita nuestro amor y sobre todo nuestra fidelidad, que es en realidad el resultado de la fuerza de la cruz y la eficacia del corazón abierto, el Suyo y el nuestro.